

**Liberalismo y europeísmo:
la política cultural de la Residencia de Estudiantes**

Isabel Pérez-Villanueva Tovar

Boletín de la
INSTITUCIÓN LIBRE
de
ENSEÑANZA

II.ª ÉPOCA DICIEMBRE 2006 N.º 63-64

SEPARATAS

Liberalismo y europeísmo: la política cultural de la Residencia de Estudiantes

Isabel Pérez-Villanueva Tovar

Resumen: Las relaciones exteriores de la Residencia de Estudiantes, coherentemente inscritas en el horizonte de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, respondieron a una perspectiva liberal y europeísta que fraguó en diversos círculos intelectuales y políticos de entreguerras interesados en abrir cauces de cooperación y de entendimiento internacional y en mantener la tradición cultural de Europa.

Palabras clave: Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Residencia de Estudiantes, relaciones culturales, liberalismo, europeísmo.

Abstract: The foreign relations of the Residencia de Estudiantes, coherently enrolled in the horizon of the Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, responded to a liberal and pro-European perspective that set in diverse intellectual and political circles of the inter-war interested in opening channels of cooperation and international understanding, and in maintaining the cultural tradition of Europe.

Key words: Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Residencia de Estudiantes, cultural relations, liberalism, pro-European perspective.

La Residencia de Estudiantes constituye una parte esencial del proyecto reformista de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE). La idea de su creación se anticipó ya en el decreto fundacional de la Junta, y se llevó a la práctica en la primavera de 1910, cuando la corporación, una vez superadas las trabas que la tuvieron prácticamente paralizada desde su creación, recuperó su plena entidad y, por tanto, su autonomía inicial. La fundación de la Residencia tuvo lugar, así, casi al mismo tiempo que la de algunas otras de las realizaciones más importantes de la Junta, como el Centro de Estudios Históricos o el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales.

Dentro de la perspectiva coherente y global de la Junta, cuyas diversas iniciativas procuraban complementarse para lograr un fin general común, que la propia corporación definía como la «renovación intensiva y rápida de nuestra educación superior y nuestras investigaciones científicas», la Residencia se planteaba como un elemento imprescindible para la reforma de las universidades, atendiendo directamente a los estudiantes. Junto con los otros campos de actuación de la JAE —los «Estudios en el

extranjero» y los «Trabajos dentro de España»—, la Residencia encabezaba la sección que las *Memorias* denominaban «Instituciones de carácter educativo».

* * *

El Real Decreto de 11 de enero de 1907 constitutivo de la Junta para Ampliación de Estudios prevé que el nuevo organismo tendrá a su cargo la «protección de las instituciones educativas en la enseñanza secundaria y superior» y «procurará influir sobre la vida educativa de los estudiantes, favoreciendo por cuantos medios estén a su alcance sus Asociaciones, especialmente cuando se propongan fines científicos, morales o económicos, como el sostenimiento de hospederías o restaurants cooperativos; la acción educadora sobre otras clases sociales, los juegos al aire libre, las excursiones, colonias de vacaciones y otros semejantes».

En términos también muy expresivos, el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Amalio Gimeno, describe en el preámbulo del decreto algunos de los rasgos de esa atención que se anuncia con pretensiones de globalidad, ya que pretende abarcar «la vida entera del alumno». Deberá apoyarse en métodos innovadores, utilizando «el influjo vivificante de un medio elevado» y el estímulo de «la vida corporativa» y rechazará, por ineficaz, «toda acción coactiva externa y superficial». Y todo ello habrá de realizarse mediante un procedimiento que deja traslucir de forma inequívoca la impronta institucionista de los inspiradores de la Junta —un organismo que supone la sistemática penetración de los presupuestos de la Institución Libre de Enseñanza en la Administración—, sin improvisación ni apresuramiento, con una actuación progresiva y a pequeña escala, contrastada con la experiencia mediante el tanteo y el ensayo y apoyada siempre en personas de valía y solvencia probadas. Era, en suma, el procedimiento que la Junta promovió en todas sus fundaciones, que se distinguieron también por la simplificación administrativa y burocrática de su funcionamiento y por el firme propósito de mantenerse al margen de los avatares de la política.

Habla además el ministro en el preámbulo de lo que constituía la piedra angular de la Junta: la comunicación y el intercambio de carácter internacional. Pone el ejemplo de numerosos países —Francia, Alemania, el Reino Unido, los Estados Unidos e incluso Chile y Japón— que han logrado establecer una continua comunicación científica y un sostenido intercambio de profesores y alumnos. «El pueblo que se aísla, se estaciona y se descompone —escribe—. Por eso, todos los países civilizados toman parte en ese movimiento de relación científica internacional.» Y recuerda seguidamente «la gloriosa tradición en esta materia» que ha tenido España, abierta a la «cultura universal» desde «tiempos remotos»: desde «la comunión con moros y judíos», pasando por la mantenida en la Edad Media con Francia, Italia y Oriente, hasta la «la-



Residencia de Estudiantes, Madrid, años veinte

bor intelectual» de los reinados de Carlos III y Carlos IV. En lo que atañe al ámbito estudiantil, el ministro se refiere a los países «que conservaron y desarrollaron las instituciones medievales» y que, por lo tanto, han podido establecer «sobre y al lado de ellas toda una red de sociedades, fundaciones e institutos corporativos», frente a aquellos otros, entre los que implícitamente se sitúa España, que «destruyeron el viejo sistema» y «convirtieron las Universidades y hasta los establecimientos de segunda enseñanza en oficinas administrativas».

Finalmente, en el preámbulo del Real Decreto de 6 de mayo de 1910 por el que se creó la Residencia de Estudiantes, el ministro Romanones insistía en esta misma cuestión y justificaba la nueva institución residencial por la «falta de organismos históricos, que en España existieron y por desgracia, han desaparecido», al tiempo que precisaba que los Estados Unidos y el Reino Unido eran los modelos concretos que se habían seguido.

De esta manera, la apertura al exterior, que sigue la forma moderna de actuación de los países más avanzados, se plantea, al tiempo, como la recuperación de valiosas tradiciones españolas. Se trata, en estas coordenadas, de aunar y equilibrar tradición y modernidad, de depurar y combinar influencias foráneas y rasgos autóctonos. La Residencia de Estudiantes, según una forma de proceder habitual en las realizaciones de la Junta para Ampliación de Estudios, se plantea así como una innovadora síntesis entre lo español y lo extranjero, como una armónica conjunción entre lo viejo y lo nuevo, al recuperar olvidadas raíces españolas a las que dan vida e impulso elementos de pujante actualidad en países a los que se considera dignos de ser imitados. Y la apertura al exterior procura en este marco seguir una doble dirección: penetración aquí de corrientes extranjeras y difusión a la vez de la cultura española fuera de nuestras fronteras.

De muy diversas maneras y en muy distintos aspectos, la Residencia de Estudiantes manifiesta esta original impronta, y en primer lugar en su propia configuración como centro educativo, que corresponde a una universidad de régimen colegial y corporativo de organización tutorial, al modo anglosajón, y, por todo ello, más próxima al sistema original de los establecimientos universitarios españoles que al vigente entonces. También se manifiesta claramente, por ejemplo, en el marco arquitectónico y ambiental, desde los primeros pabellones de los Altos del Hipódromo construidos por Antonio Flórez Urdapilleta, donde se hace compatible una factura de corte regionalista, definida por elementos tan castizos como el ladrillo recocho visto, con cierta funcionalidad propia del racionalismo constructivo, advertida, al parecer, por el propio Walter Gropius y que se adoptará plenamente en construcciones posteriores, como el Auditorium o el edificio Arniches, ampliación este último de la Residencia de Señoritas.

Esa búsqueda de complementariedad entre aspectos distintos —tradición y modernidad, lo foráneo y lo autóctono— se dejó ver también en la intención de aproximar lo culto y lo popular, como sucedió no sólo en los edificios residenciales, sino también en las actividades culturales allí desarrolladas. La música aporta un buen ejemplo de ello: en la Residencia se escuchó a Lorca acompañando al piano a la Argentinita, en una memorable sesión del año 1933, pero también a los New English Singers cantando madrigales ingleses. Se interpretó a Falla y también a Stravinski y Ravel; a Bach y Vivaldi junto a Rodolfo Halffter y Alban Berg. La Residencia prestó atención a temas y puntos de vista muy diversos, y lo hizo procurando integrar, tanto en el terreno de la creación artística y literaria como en el ámbito de los diversos campos del conocimiento, lo tradicional y lo vanguardista, lo español y lo foráneo.

Las ideas institucionistas recibidas a través de sus responsables inmediatos, pertenecientes a la generación del 14, aunque matizadas a lo largo de su trayectoria por múltiples y «cruzadas influencias» —en expresión de la revista residencial—, entre las que ocupó un lugar destacado la de Ortega y Gasset, constituyeron el fundamento intelectual de la Residencia de Estudiantes y proporcionaron las principales claves explicativas de la sistemática apertura al exterior que allí se persiguió. La consideración de las conferencias y de los actos culturales de carácter internacional desarrollados en la Residencia, expresivos de esa apertura, permite además identificar algunos de sus significados e intenciones principales. Es lo que se va a intentar hacer en las páginas que siguen. Se trata de mostrar la coherencia que mantuvo el centro residencial respecto de los principios que lo sustentaban. Y se trata también de ver de qué modo se vinculó la Residencia de Estudiantes a un proyecto liberal y europeísta de cooperación e intercambio internacionales que se fraguó, con claras resonancias políticas, en el mundo occidental de entreguerras.

* * *

La apertura al exterior de la Residencia, que complementa otras iniciativas de la Junta, como las pensiones fuera de España o las relaciones con Hispanoamérica, se apoya en la visión que el pensamiento institucionista tiene de la realidad española: una unidad nacional irrenunciable, desde luego, pero sin que ello comporte nunca una consideración excluyente o aislacionista. La concepción organicista, el principio de unidad en la diversidad, la búsqueda de la armonía, que la Institución Libre de Enseñanza heredó del krausismo, informaron, en este ámbito de pensamiento, no sólo el modo de entender la realidad nacional como una unidad articulada en entidades parciales —el municipio, la región—, sino también la relación de España con la comunidad internacional. Porque el entendimiento nacional de la realidad española recla-

ma obligatoriamente la activa convivencia de España con los restantes organismos nacionales que conjuntamente componen la unidad supranacional de la humanidad, un horizonte de plenitud para Krause y sus seguidores. Y esa convivencia, para ser fructífera, entraña la plena participación de España en las relaciones e intercambios internacionales. Se propone así una continua apertura al exterior que entraña beneficios indudables —y así lo demuestra la interpretación rigurosa del pasado— tanto para la nación española como para las restantes, ya que se estima que la primera puede aportar al conjunto universal una serie de valores propios.

Paralelamente, y tanto para contribuir de la forma más responsable y valiosa a ese intercambio internacional como para mejorar y fortalecer la conciencia de la propia personalidad, es preciso lograr un riguroso conocimiento de las claves constitutivas de la entidad nacional. De ahí el empeño institucionista —y de quienes prosiguieron su camino— por estudiar los rasgos distintivos (históricos, naturales, geográficos, de carácter o costumbres, filológicos o artísticos) de la identidad nacional española. Los trabajos que realizó en muy variados campos del conocimiento la Institución Libre de Enseñanza y los que llevaron a cabo los distintos centros de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas estuvieron en buena medida presididos por estas directrices.

La Residencia plasmó, en su apertura internacional, pautas de filiación institucionista, krausopositivista, que la generación del 14, impulsora de la Junta y de su centro residencial, procuró llevar a la práctica e incluso ampliar. Así ocurre con la concepción integradora y articulada de Europa, un ámbito territorial e histórico del que España es parte integrante y que constituye el primer eslabón de su integración en la comunidad internacional.

En estas coordenadas, resulta muy significativo que la apertura al exterior de la Residencia de Estudiantes se produjera en plena guerra mundial, un acontecimiento terrible que conmocionó profundamente al reformismo liberal y europeísta sustentador del centro. A ello se refirió Valdeavellano en los siguientes términos:

En aquella hecatombe parecía como si fuesen a hundirse todos los valores éticos e intelectuales en los que quería fundamentarse la labor educadora de Alberto Jiménez en su Residencia de Estudiantes porque la cultura europea, que la Residencia pretendía abrir al estudiante español buscando inspiración en el modelo de sus Universidades y centros científicos, respondía a esa pretensión con el triste espectáculo de su propia negación por la guerra: una guerra que podía significar la crisis destructora de los más altos valores culturales hasta entonces vigentes.

Y es muy ilustrativa la visita que una comisión de académicos franceses —Perrier, Imbart de la Tour, bajo la presidencia de Bergson— realiza a la Residencia, durante

POSIBLE SITUACION ECONOMICA DE NUESTROS NIETOS

RESUMEN DE LA CONFERENCIA ORGANIZADA POR EL COMITÉ HISPANO-INGLÉS,
Y DADA EN LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES EL DÍA 10 DE JUNIO DE 1930

por

J. M. KEYNES

I

Nosotros, en Inglaterra, estamos pasando por una época de fuerte pesimismo en materia económica. No sé si ustedes, los españoles, tienen la misma preocupación. Es posible que sí.

En Inglaterra se dice corrientemente que la época del gran progreso económico, característico del siglo XIX, ha pasado ya; que el aumento rápido del tipo (standard) de vida llevará desde ahora un ritmo más lento; que es más probable decrezca la prosperidad, en lugar de aumentar, durante el decenio en que entramos.

A mi juicio, los que así opinan dan una interpretación completamente equivocada a lo que nos sucede a nosotros, y al resto del mundo. Estamos sufriendo, no de los achaques de la vejez, sino de las molestias naturales originadas por cambios demasiado bruscos y lo doloroso que es el reajuste entre uno y otro período económico. El rendimiento técnico ha ido aumentando más rápidamente que nuestra capacidad para absorber el sobrante de la mano de obra; el bienestar general ha crecido con prisa algo excesiva.

Todos sufrimos—España, creo, tanto como los demás países—de la depresión cíclica actual. Esto nos impide ver lo que está sucediendo en el fondo, y dar con la verdadera interpretación del mundo en que vivimos.

Porque yo creo que nadie ha de quedar tan en ridículo, dentro de unos años, como esos agoreros pesimistas. Ambos opuestos pesimismos, que hoy día arman tanto ruido en el mundo, resultarán equivocados; el pesimismo de los revolucionarios, viéndolo todo tan mal que no hay otro remedio que un cambio violento, y el de los reaccionarios al estimar tan precario el equilibrio de nuestra actual vida económica y social, que todo nuevo experimento sería arriesgado.

Sin embargo, mi objeto en esta conferencia no es tanto examinar el momento presente como, prescindiendo de perspectivas limitadas, dejar a la imaginación tomar vuelo hacia el futuro. ¿Cuál ha de ser, lógicamente pensando, el nivel de nuestra vida económica dentro de cien años? ¿Cuáles han de ser las posibilidades económicas que aguardan a nuestros nietos?

Desde los tiempos más remotos de que poseemos datos—aproximadamente desde 2.000 años antes

de J. C. hasta principios del siglo XVIII—no hubo gran cambio en las condiciones materiales de la vida del hombre normal en los centros civilizados de la tierra. Vicisitudes las hubo. Catástrofes de pestes, hambres, guerras, con áureos intervalos. Pero sin cambios progresivos ni violentos. Algunas épocas, quizás un cincuenta por ciento, a lo sumo un cien por ciento, mejores



J. M. Keynes.

(Fot. del film de la R.)

que otras, durante los cuatro mil años que terminaron alrededor del 1700 de nuestra era.

Esta lentitud o ausencia de progreso obedecía a dos causas: a la falta notable de importantes perfeccionamientos técnicos y a la ausencia del capital acumulado. La carencia de inventos técnicos de importancia entre la edad prehistórica y los tiempos relativamente modernos, es muy notable. Casi todo lo que importa y que poseía el mundo al empezar la moderna era, ya lo conocía el hombre en la aurora de la historia. El lenguaje, el fuego, los animales domésticos de hoy, el trigo, la cebada, la vid y el olivo, el arado, la rueda, el remo, la vela, el cuero, los tejidos de lino y lana, los ladrillos y la cerámica, el oro y la plata, el cobre, el estaño y el plomo, las instituciones bancarias, la religión, el arte político, la matemática, la astronomía, no hay noticia concreta que indique cuándo el hombre entró en posesión de todo ello.

su estancia en Madrid, adonde se había desplazado para buscar apoyo para su país. Las palabras pronunciadas por el filósofo francés en la solemne sesión organizada por el centro residencial el 1 de mayo de 1916 en honor de los visitantes, ante un auditorio compuesto por más de doscientos estudiantes y un grupo muy escogido de científicos, escritores y políticos, expresan la búsqueda de un acercamiento francoespañol, en el que la dimensión cultural tiene un evidente trasfondo diplomático e incluso político. Invoca Bergson, en efecto, la simpatía y la admiración recíprocas entre los dos países, su cercanía intelectual y cultural, más allá de las circunstancias políticas que pueden separarles. Y antepone de forma rotunda los valores espirituales y morales a los intereses materiales:

Certains nations son des nations nobles. J'appelle nobles les nations qui ont conservé quelque chose de l'idéal chevaleresque, qui mettent le droit au dessus de la force, qui croient à la justice et qui connaissent la générosité. France et Espagne son de ces nations-là. Comme il y a une cote d'altitude matérielle pour les divers lieux de la terre, ainsi il y a une cote d'altitude morale pour les divers peuples qui l'habitent. Ils sont situés moralement à des niveaux différents. Les nations dont le niveau moral est le même, les nations qui sont situées à la même altitude morale, sur le même plan moral, son destinées à se rencontrer et à marcher ensemble.

Naturalmente, la neutralidad de España permitía, e incluso favorecía entonces, la organización de este tipo de actos, aunque, como resalta Américo Castro, conviene tener presente que la visita de los miembros del Institut de France encabezada por Bergson se produjo en unos momentos en los que «la "sociedad" germanófila de Madrid cerraba sus puertas al gran filósofo». Y, de hecho, si durante la Primera Guerra Mundial España fue considerada —y así lo expresa Jiménez Fraud— como «un albergue donde se hubieran refugiado los más finos valores espirituales de la cultura occidental», la Residencia pudo representar en ese tiempo «uno de los pocos lugares en que todavía era posible dedicarse por entero a la pacífica labor de la educación humanista de la juventud, al esfuerzo del progreso intelectual y de la investigación científica desinteresada», en palabras de Luis García de Valdeavellano.

Las relaciones internacionales del «cambio intelectual con otros pueblos europeos» que la Residencia inició a mediados de los años diez, y que se prolongaron y afianzaron una vez terminada la guerra, cubrieron en realidad una función nueva y de importancia —un esbozo de política cultural con proyección internacional— y supusieron, según apunta de forma expresa Jiménez Fraud, un precedente que acabaría por encontrar una proyección concreta en el Ministerio de Estado, al crearse la Junta de Relaciones Culturales. No resulta casual, en este orden de cosas, la inclusión de Alberto Jiménez Fraud en la Junta de Relaciones Culturales tras su reor-

ganización por Decreto de 9 de junio de 1931, ni, por supuesto, la de Ramón Menéndez Pidal, que además la presidiría, al tiempo que encabezaba el Patronato de la Residencia, dependiente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y dirigía el Centro de Estudios Históricos desde la creación, en 1910, de ambos organismos.

Y en su vertiente más estrictamente universitaria, la Residencia de Estudiantes enlaza con una realización posterior, aunque desde luego de mayor envergadura, la Cité Internationale Universitaire de París, plasmación, tras la Gran Guerra, de un intento internacional, impulsado por Francia y muy próximo al espíritu de la Sociedad de Naciones, de pacífica y fructífera convivencia entre estudiantes y profesores de múltiples procedencias. El Colegio de España, que se creó por Real Decreto de 15 de agosto de 1927 como contribución española a este ensayo y que contó con la participación activa de Alfonso XIII, se planteó más como alternativa al centro de los Altos del Hipódromo que como su prolongación y fue reorientado al modo de la ya muy consolidada Residencia madrileña por Alberto Jiménez Fraud, justamente desde la Junta de Relaciones Culturales primero, tras su reorganización en junio de 1931, y después desde su consejo de administración, en el verano de 1934. En la misma línea que el de París, el Colegio de España en Londres fue otro proyecto impulsado por la Junta de Relaciones Culturales que se debe vincular con la Residencia de Estudiantes de la Junta para Ampliación de Estudios; en sus preparativos también participó activamente Alberto Jiménez Fraud.

* * *

Si la apertura al exterior en el orden educativo, pero también intelectual y cultural, forma parte desde el principio del proyecto residencial, con especial atención al ámbito europeo, hay algunas acciones singulares dentro de ese mismo espacio, como las relaciones establecidas con Portugal, que conectan de manera específica con los presupuestos intelectuales de sus impulsores institucionistas. Se aprecia, en este sentido, un intento concreto de búsqueda de ese iberismo que ya invocaba el krausismo, al considerar a Portugal como la otra parte de la unidad territorial peninsular. Su estrecha relación, fundamentada en razones étnicas, geográficas e históricas, obligaba a establecer, según esta línea de pensamiento, nexos regulares e intensos entre los dos países. En este marco debe entenderse la labor de «intercambio intelectual» con Portugal que confía a la Residencia, a comienzos de los años veinte, un ministro de Estado «tan inteligente como conocedor de las responsabilidades de su cargo», en palabras de Alberto Jiménez Fraud.

A pesar de la indeterminación de las fechas, y aunque el presidente de la Residencia no precisa su nombre, se trata con toda probabilidad del prestigioso Manuel González Hontoria, diplomático y destacado especialista en derecho internacional, que había pronunciado ya una conferencia en la Residencia en 1915, publicada además por el centro (*El Protectorado francés en Marruecos y sus enseñanzas para la acción española*) y a quien Alfonso Reyes recuerda, en un texto de 1923, entre los políticos que frecuentaban la Colina de los Chopos. Tal es la trama de fondo de las conferencias de Eugenio de Castro sobre Antonio Feliciano de Castilho y sobre «Sonetos y sonetistas portugueses», de Lopes Vieira sobre «El poeta y dramaturgo hispano-lusitano Gil Vicente» y de Teixeira de Pascoaes sobre «Don Quijote y la saudade» el año 1922. De acuerdo con un proceder habitual en la Residencia de Estudiantes, el contenido eminentemente literario, poético, de estas conferencias se convierte en el mejor medio de acercamiento entre los dos países, una perspectiva que se completa con la intervención de Ramiro de Maeztu poco después, en 1923, sobre el tema de «Portugal y su política».

La Residencia, desde mediados de los años veinte con la inestimable ayuda del Comité Hispano-Inglés y de la Sociedad de Cursos y Conferencias tiene también otras preferencias de apertura internacional en las que se aprecian asimismo pautas de filiación institucionalista. una de ellas es la comunidad hispanoamericana, con la que España, abandonando definitivamente cualquier anacrónica añoranza colonial, debía plantear unas relaciones particularmente estrechas y solidarias, por existir marcadas vinculaciones de lengua y de cultura que merecían ser reforzadas.

Los destacados hispanistas —Maurice Legendre, Jean Cassou o Foster Watson, por ejemplo— y los relevantes iberoamericanos, como Alfonso Reyes, que frecuentaron la Residencia parecen conferirle un carácter de órgano catalizador y mediador entre la cultura europea y norteamericana y la hispánica. H. G. Wells, teniendo en cuenta las especiales relaciones establecidas entre la Residencia y el ámbito anglosajón, expresa, en marzo de 1922, «como escritor y periodista inglés y norteamericano», su admiración por el propósito residencial de «establecer y reforzar un intercambio intelectual entre las grandes comunidades que hablan español y las que hablan inglés». Ante un nutrido auditorio, compuesto por los estudiantes de la Residencia y un importante grupo de profesores, escritores y diplomáticos, la intervención de Wells, realizada en inglés y traducida simultáneamente al castellano por el secretario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, José Castillejo, muestra además el intento del centro residencial por favorecer la presencia de España en el horizonte internacional, por vincularla, «en una hora de cambio y confusión en los negocios del mundo», a los esfuerzos por conseguir «el cambio libre y amistoso de pensa-



Mr. y Mrs. Chesterton
en los jardines de la Residencia
de Estudiantes, Madrid



H. G. Wells

mientos e intenciones entre los espíritus activos de un pueblo con los de otro», en frases del conferenciante.

Tras dar cumplida cuenta del significado político de la Conferencia de Washington, a la que acaba de asistir, Wells concluye con las siguientes palabras:

Soy firme creyente en el papel eminente que el lenguaje, el pensamiento y la tradición españoles tienen que desempeñar en el Nuevo Mundo y en el Antiguo. Visité en Washington el palacio de Panamérica, y tuve muchas ocasiones de compulsar el sentimiento norteamericano respecto de la España mayor, que está todavía por venir, y dondequiera, en Washington y en Nueva York, encontré a gente vivamente interesada en cosas españolas y libre de toda clase de celos respecto de un renacimiento español. El mundo que habla inglés espera del mundo que habla español fraternidad y ayuda para la gran tarea de restauración y unión mundiales que se ofrece a los hombres.

Diez años después, por mediación del Comité Hispano-Inglés, Wells vuelve a ser invitado por la Residencia. Su conferencia, con el título de «Money and Mankind», pronunciada el 19 de mayo de 1932 ante un millar de oyentes en el Teatro Español, al resultar insuficiente la sala del centro residencial, tiene como fondo el deseo de lograr «unificar el mundo», intento ya desesperado de entendimiento internacional tras las entonces evidentes deficiencias y fisuras de los acuerdos de Versalles. Y Wells invita expresamente a España a participar en la formación de una juventud de «ciudadanos del Mundo».

El intercambio cultural, científico, artístico e intelectual que la Residencia pretende tiene una indudable dimensión política y se propone participar en la búsqueda de equilibrio, en los proyectos de entendimiento que desde diversas esferas, y con cristalización concreta en los organismos internacionales que se inician entonces, caracterizan el mundo de entreguerras. Jiménez Fraud recordó que la necesidad de «una mayor unidad internacional», articulada mediante «una libre federación de las naciones todas», había sido ya formulada por Francisco Giner de los Ríos en los comienzos de la Gran Guerra. Y sólo la comprensión de «la trascendental unidad de la raza humana» en «un sentimiento de conmiseración, de piedad, de simpatía» podía asegurar «un futuro de paz» que evitase «la pérdida de todos los frutos de la civilización». Jiménez Fraud, que desde su juventud se había sentido interesado por las relaciones internacionales —pensó incluso en opositar a alguna plaza en el Ministerio de Estado—, destaca la voluntad residencial de pertenencia a un ámbito supranacional, su deseo de enlazar con «una extensa comunidad espiritual que iba formándose por encima de los prejuicios, limitaciones e intereses nacionales, y que trataba de

construir una sociedad de los espíritus capaz de elaborar una cultura total basada en intereses comunes humanos». El consciente y fervoroso patriotismo —término que se repite insistentemente— de la Residencia de Estudiantes se inscribe, al modo institucionalista, en este marco de coordenadas internacionales.

De forma más o menos directa, muchas de las conferencias de la Residencia de Estudiantes remiten inequívocamente a ese entramado de relaciones internacionales del que se siente partícipe. Así ocurre con la impartida, en mayo de 1924, ante una «selección intelectual», según un cronista del diario *ABC*, por el socialista francés Albert Thomas, entonces Director General de la Oficina Internacional del Trabajo: «los aplausos fervientes al conferenciante pudieron probarle —según el mismo periodista— cómo había logrado lo que se proponía: la conquista de las almas para la paz». Sentido equivalente tiene la intervención, organizada en 1926 por la Sociedad de Cursos y Conferencias, de Salvador de Madariaga acerca de «La Sociedad de Naciones: su estructura y su función interna», o la de Henri de Jouvenel, en 1929, sobre «El desarme y la Sociedad de Naciones».

También se ocupa la Residencia de hacer llegar a su auditorio noticias sobre la situación política, económica y social de algunos países, atendiendo en muchos casos a la más viva actualidad. Por ejemplo, en 1931, el diplomático italiano Carlo Sforza, invitado por la Sociedad de Cursos y Conferencias, habla sobre «La Russie soviétique à l'interieur et à l'étranger». Y el Comité Hispano-Inglés organiza las dos conferencias que pronuncia, el 20 y 21 de diciembre de 1926, bajo el título «The Government of the British Empire» y con presentación del Duque de Alba, Arthur Percival Newton, encargado de la cátedra Rhodes de Historia Imperial de la Universidad de Londres, para exponer los recientes reajustes introducidos, como consecuencia de las transformaciones derivadas de la Primera Guerra Mundial, en la «Sociedad de Naciones Británicas». Se abordan también problemas teóricos de orden general y no se desdennan las referencias a posiciones ideológicas concretas; así, Henri de Man centra sus palabras, el año 1933, en «El socialismo ante la crisis económica», y Vandervelde analiza, ese mismo año, «Las fuerzas actuales del socialismo internacional».

Otros muchos actos celebrados en la Residencia de Estudiantes ponen de manifiesto su concordancia con los esfuerzos internacionales, de muy diverso signo, encaminados a preservar «el patrimonio cultural de Europa» ante una etapa de crisis cuya causa sitúa Alberto Jiménez Fraud en una «huida de la razón y de la libertad» y que amenazaba, a su juicio, con producir el «total empobrecimiento y final destrucción del espíritu europeo». Rechaza interpretaciones teóricas muy en boga en los años veinte y treinta, y singularmente la concepción de la historia como un proceso cíclico, que acaba por eliminar «toda idea de progreso» y conduce a «un hórrido determinismo enemigo de la libertad y adulador de los poderes arbitrarios». E insiste en

no renunciar al «generoso credo de libertad y razón, de progreso discreto y de vida razonable», que constituyen el patrimonio cultural de Europa. También manifiesta su desacuerdo con las fórmulas revolucionarias y radicales: «había que detener esa huida —escribe refiriéndose a la pérdida de razón y libertad— y proclamar que las inevitables transiciones de la historia no deben conducir a violentas rupturas con formas anteriores de vida merecedoras de amor y amparo, sino que debían ocurrir gradualmente, dando así ocasión a que diversas tradiciones culturales las moderen, modelen y perfilen».

En este orden de cosas, la personalidad de algunos conferenciantes resulta por sí misma ilustrativa. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de Paul Valéry, que fue colaborador de la Sociedad de Naciones y autor de títulos tan significativos como *La crise de l'Esprit* o *L'Européen*. Y la conferencia pronunciada por Hermann Keyserling el 8 de abril de 1926, por iniciativa de la Sociedad de Cursos y Conferencias y con asistencia de la reina Victoria Eugenia, bajo el título de «L'ère nouvelle en formation» responde a este tipo de propósito. Hace Keyserling un llamamiento a favor de la unidad de Europa, porque percibe la existencia de un «ideal europeo» renovado y revitalizado. Occidente, una vez liberado de lo viejo y caduco, tiene una misión de primer orden, la del «homo religiosus, del sabio, del filósofo», frente al materialismo, la «mundanidad», la técnica de otros ámbitos:

El ideal simbólico de nuestro tiempo es el tipo del chauffeur, del mecánico no sólo en la técnica, sino en ciencia, en la política, en la economía, en el tráfico. El mecánico es el hombre que todo quiere explicarlo y, a la postre, nada «comprende».

El singular y hercúleo conde de Keyserling, conferenciante y escritor que alcanzó enorme popularidad, volvió a la Residencia, invitado nuevamente por la Sociedad de Cursos y Conferencias, en 1930. En esta ocasión, explicó en tres sesiones, y con el título de «El problema del espíritu», su creencia en el «renacimiento de un Imperio español puramente espiritual fundado en la pasión, en la fe, en el honor, en la intuición, en la espontaneidad» y que sería, a su juicio, «como la compensación del otro gran imperio anglosajón que con él comparte el dominio del mundo».

El interés por los intentos de relación internacional en busca del entendimiento entre las naciones se percibe en muchos otros actos públicos de la Residencia de Estudiantes. Y, como en el caso de las últimas intervenciones de Keyserling, se suele trazar a la vez el papel que en todo ello puede desempeñar España, que aparece, por lo demás, envuelta en la mayor parte de los casos de un halo de espiritualidad y portadora, muy ventajosamente, de valores morales tradicionales, arrumbados tiempo atrás por los países más adelantados en aras de lo que se considera, desde esta perspectiva, falso progreso y engañosa modernidad. En ese horizonte se mue-



El Conde de Keyserling y Miguel de Unamuno en los jardines de la Residencia de Estudiantes, Madrid



ve la intervención de Keynes, titulada «Posible situación económica de nuestros nietos», que tiene lugar el 10 de junio de 1930 por iniciativa del Comité Hispano-Inglés. El conferenciante interpreta la situación económica del momento y augura un floreciente porvenir de «felicidad económica» en el que podrá darse a la economía su auténtico valor:

preveo, pues, una humanidad en libertad de volver a ciertos principios básicos de la religión y la virtud tradicional, para quien la avaricia sea un vicio; la práctica de la usura, un delito; el afán de dinero, detestable, y que opinará que los que menos piensen en el día de mañana son los que caminan por la senda verdadera de la virtud y de la sabiduría. Nuevamente estimaremos el fin como superior a los medios, prefiriendo el bien a lo útil. Honraremos a los que nos enseñen a disfrutar de la hora y del día virtuosamente y bien, a esos seres de sensibilidad exquisita que les permite el goce directo de las cosas, a los lirios del valle que ni se afanan ni se emperazan.

Explica las razones de la gran depresión iniciada unos meses antes de su presencia en la Residencia como un «reajuste entre uno y otro periodo económico» y rechaza, por tanto, las concepciones «fatalistas» que la vinculan a «los achaques de la vejez». Y añade:

Yo creo que nadie ha de quedar tan en ridículo, dentro de unos años, como esos agoreros pesimistas. Ambos opuestos pesimismo, que hoy día arman tanto ruido en el mundo, resultarán equivocados; el pesimismo de los revolucionarios, viéndolo todo tan mal que no hay otro remedio que un cambio violento, y el de los reaccionarios que estiman tan precario el equilibrio de nuestra actual vida económica y social, que todo nuevo experimento sería arriesgado.

En ese «siglo de oro» que él predice y que producirá una enorme transformación al resolverse lo que hasta entonces había constituido el problema primordial de la humanidad, espera que España «vuelva a ocupar el rango que le corresponde como príncipe de las artes, de la civilización y de la vida»; y precisa:

Me parece que vuestra civilización y vuestras tradiciones resistirán al trastorno, originado por ese nuevo estado de cosas mejor que las del Norte de Europa y Estados Unidos de América. Porque España —dicho sea en alabanza suya— se ha negado a dedicar todo su esfuerzo a la lucha para lograr en carrera acelerada la plétora económica. Los que con todo afán persiguen el dinero, es posible que nos traigan a todos la abundancia económica; pero serán las naciones que hayan sabido conservar su vida, cultivando con perfección cada vez mayor el arte de vivir, sin venderse por lo que constituye los medios de vida solamente, las que podrán disfrutar de la abundancia económica cuando ésta llegue.

Otro expresivo ejemplo en este orden de cosas lo constituye el británico Chesterton, invitado por el Comité Hispano-Inglés el 22 de abril de 1926, con su muy personal defensa de los valores espirituales y morales frente al racionalismo y al cientificismo, e incluso con su actitud resueltamente afirmativa y optimista ante el porvenir. El duque de Alba, ante un auditorio de casi quinientas personas, incluida también la reina Victoria Eugenia, lo define como «caballero de los ideales católicos contra la herejía puritana y calvinista», como luchador infatigable en defensa de «the good old times» y defensor de «la libertad y las libertades contra la predestinación y las autocracias». A lo largo de su exposición sobre el espíritu caballeresco en la historia —«The Romance of History»—, y tras una inequívoca referencia al país de acogida —«el pueblo inglés ha asociado tradicionalmente la Caballería andante con España, el Caballero español y las Damas españolas»—, Chesterton sintetiza con viveza su pensamiento, haciendo alarde de su sentido del humor y de su gusto por la paradoja:

Las creencias en que se apoyaba la Caballería han sido oscurecidas por varias herejías: 1.^a, por el ateísmo, o negación de que existe una autoridad que impulse al Caballero e instituya la empresa o el galardón; 2.^a, por el fatalismo o idea de que no tiene más remedio que huir del dragón; 3.^a, por el hedonismo o idea de que no hay tal dragón, y que si la selva significa algo, significa jardín delicioso; 4.^a, por el pesimismo o idea de que no existe nada, a no ser el dragón; y que el dragón hizo la selva y el mundo, y 5.^a, por un embrollo o revoltillo extraordinariamente periodístico de todas esas ideas contradictorias al que llaman Pensamiento Moderno.

Comparando el libro de caballería, que «tenía una finalidad fuerte con sucesos fantásticos», y «la fábula moderna», poseedora de «una finalidad vaga e incierta con sucesos insulsos y deprimentes», establece un cierto paralelismo entre la ficción y la realidad, entre la literatura y la vida social:

Es la diferencia entre un Progreso real, que se pone en camino desde el primer momento con una finalidad positiva, y el Progreso racionalista que en realidad, se pone en camino para descubrir su propia finalidad.

Y concluye:

Desde hace algún tiempo, toda reforma se ha minado a sí misma. Apenas buscamos una mejor distribución de la propiedad, empezamos a discutir la idea de propiedad; apenas tratamos de socorrer a las familias pobres, la gente empieza a discutir el ideal de la familia; y así sucesivamente. Habrá mucho más del único progreso posible cuando volvamos a las creencias fijas sobre las cuales podemos actuar desde el principio. Y no habrá ese perpetuo deshacer lo que hemos hecho. Y tendremos una prueba de realización, como el Caballero cuando salía a sus empresas. Y, fuera

Don Quijote loco o cuerdo, si volviera a una gran parte de la Europa y América de hoy, sería la persona más discreta de ella.

* * *

La dimensión universitaria y cultural de la Residencia de Estudiantes, su sustento ideológico y su alcance político deben enmarcarse, por tanto, en estas referencias internacionales. La «filiación idealista» que Alberto Jiménez Fraud reclama para sí y para el centro muestra en los años de mayor esplendor de la Residencia fuertes concomitancias con sectores muy activos del pensamiento europeo. Los ingredientes comprensivos, intuitivos, idealistas y éticos del proyecto residencial se acercan mucho a los de ciertos idearios intelectuales y culturales foráneos de los primeros decenios del siglo xx. La Residencia de Estudiantes se encontraba de esa forma próxima a algunas de las más vivas inquietudes europeas de su tiempo.

Tras la diversidad y la pluralidad de perspectivas que se dieron cita en la Residencia de Estudiantes, no cabe duda de que ésta tenía una idea vertebradora de fondo, un planteamiento fundamental que daba sentido a todo su quehacer: su firme creencia en el valor de la tradición cultural europea, inscrita en el horizonte del liberalismo y el humanismo, su afirmación del decisivo papel que Europa había desempeñado en relación con ello y su consecuente convencimiento de que era necesario defender y mantener, frente a las amenazas de diverso signo, esa tradición y ese papel de Europa. Porque la Primera Guerra Mundial y la etapa de entreguerras supusieron, entre otras cosas, una crisis manifiesta de los valores de las democracias liberales europeas y una creciente amenaza por parte de las opciones intelectuales y políticas revolucionarias y totalitarias que se fueron alzando frente a ellas. En esa coyuntura se movió la Residencia de Estudiantes, procurando en todo momento salvar y conservar, frente a esas amenazas, con profunda convicción y actitud afirmativa, lo que consideraban mejor de la tradición cultural europea, que estimaban además fundamental en todo el mundo occidental.

En la misma dirección se mueve la idea de la cultura —y de la política cultural— promovida por los responsables de la Residencia de Estudiantes. Fomentaron una visión universalista de la cultura que, como decía Jiménez Fraud, quería alejarse de todo «provincialismo nacionalista» y apoyarse en una «mente abierta» y en una «actitud liberal». Esta perspectiva cultural, con sus conexiones internacionales, fue expuesta con claridad a propósito de la reunión celebrada en el Auditorium de la Residencia, en mayo de 1933, por el Comité de Letras y Artes del Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones. Fue inaugurada por Luis de Zulueta, entonces mi-



Blas Cabrera y Madame Curie en la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1931 (Residencia de Estudiantes)

nistro de Estado, y participaron en ella varios intelectuales españoles próximos a la Residencia y algunos extranjeros que la habían visitado antes como conferenciantes. El tema general de la reunión fue «El porvenir de la cultura». Luis de Zulueta habló de la necesidad de compaginar los «tres aspectos de la cultura» —individual, nacional, y universal— y se refirió al surgimiento de «una cultura total humana». Salvador de Madariaga advirtió que «la cultura nacional no existe fuera de la cultura universal». Unamuno afirmó que «España, la España de siempre, no puede sino aprovecharse de esta obra de universalización, que es más que internacionalización». Y Manuel García Morente señaló que la cultura no podía basarse en el nacionalismo, ya que «la cultura tiende a elevarse sobre la universalidad sin suprimir el patriotismo» hasta hacerse, en suma, «ecuménica». Éste es, en fin, el horizonte en el que se movió la iniciativa cultural de la Residencia de Estudiantes.

Isabel Pérez-Villanueva Tovar*

* Dirección para correspondencia: ipv@poli.uned.es.

Bibliografía

- Castro, Américo (1963): «Homenaje a una sombra ilustre. La Residencia de Estudiantes (1910-1936)», *Residencia*, número conmemorativo publicado en México D. F.: 13-15.
- García Morente, Manuel (1917): *La filosofía de Henri Bergson. Con el discurso pronunciado por M. Bergson en la Residencia de Estudiantes, el 1º de mayo de 1916*. Madrid: Residencia de Estudiantes.
- Giner de los Ríos, Francisco (2004): *Obras selectas*. Ed. Isabel Pérez-Villanueva Tovar. Madrid: Espasa Calpe.
- Jiménez Fraud, Alberto (1948): *Ocaso y restauración. Ensayo sobre la Universidad Española Moderna*. México, D. F.: El Colegio de México.
- Jiménez Fraud, Alberto (1960): *Cincuentenario de la Residencia de Estudiantes. 1910-1960. Palabras del Presidente de la Residencia*. Oxford: edición privada.
- Jiménez Fraud, Alberto (1989): *Residentes. Semblanzas y recuerdos*. Madrid: Alianza.
- Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1908-1935): *Memoria*. Madrid, 14 v.
- Pérez-Villanueva Tovar, Isabel (1990): *La Residencia de Estudiantes. Grupos universitario y de Señoritas*. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia.
- Pérez-Villanueva Tovar, Isabel (1990): «Alberto Jiménez Fraud. Un pensamiento liberal en acción», *Sistema*, 96: 35-62.
- Pérez-Villanueva Tovar, Isabel (1997): «Krausismo, Institución Libre de Enseñanza y nacionalismo español». En Andrés de Blas Guerrero (dir.): *Enciclopedia del nacionalismo*. Madrid: Tecnos, pp. 273-275.
- Residencia (1926-1934)*. Madrid: Residencia de Estudiantes.
- Valdeavellano, Luis G. de (1972): «Un educador humanista: Alberto Jiménez Fraud y la Residencia de Estudiantes». En Alberto Jiménez Fraud: *La Residencia de Estudiantes. Visita a Maquiavelo*. Barcelona: Ariel.